

Carmen Amil

Sin  
Bragas  
y  
a lo  
Loco



Escarlata  
ROMÁNTICA



Sin  
Bragas  
y  
a lo  
Loco



Carmen Amil

Si quieres escuchar las canciones que inspiraron esta novela, puedes hacerlo con la siguiente lista de reproducción de Spotify:

<http://listasspotify.es/lista/24542/sin-bragas-y-lo-loco>

*Sin bragas y a lo loco*

Primera edición: marzo, 2016

© Carmen Amil, 2016

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2016

[www.escarlataediciones.com](http://www.escarlataediciones.com)

Barcelona

ISBN: 978-84-16618-08-8

IBIC: FP

Dirección editorial: Carla de Pablo

Corrección de estilo: Sofía Aguerre

Diseño de la cubierta: Marta Pena

Fotografías de la cubierta: @Shutterstock

Impresión: Estugraf Impresores S.L.

Impreso en España

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información por ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.



# Capítulo 1

## *Todas las oscuridades posibles*

El portazo que dio mi compañera de piso al entrar debió de escucharlo hasta el vecino del quinto, el mismo que se pasaba el día escondido detrás de sus cortinas descoloridas. Maldito *voyeur*. Cuántas veces le había visto allí, agazapado, cuando mi ex me comía los morros en el portal. Aparté ese recuerdo de mi cerebro embotado y miré a Lydia, que cargaba tres bolsas del súper en cada mano y lucía unas ojeras tremendas con cara de bulldog enfadado.

—Tú sobre todo no te muevas, ¿eh?

Al gritar desde la entrada, su voz recorrió el pasillo con un eco siniestro que aun la hacía parecer más cabreada. Tenía que acordarme de volver a poner las alfombras un día de esos.

—Lo que usted ordene —contesté repantingada en el sofá.

Oí ruido en la cocina. Puertas que se abrían. El venti-

lador de la nevera, el sonido de los botones de la vitrocerámica y la cafetera clásica hirviendo agua. Me encogí de hombros y devolví la mirada a la reposición de *Los Serrano*. Pobre Guille. Le había dejado Teté.

Lydia asomó la cabeza por la puerta del salón y clavó en mí sus penetrantes ojos negros.

—¿Hoy tampoco piensas quitarte el pijama?

Me miré los deditos de los pies, enfundados en unos calcetines de lana blancos con dibujos de copos de nieve. Los moví y ella se sentó a mi lado, cruzando los tobillos.

—Pues no. No veo la necesidad.

—Mírame cuando te hablo —exigió.

Subí el volumen de la tele y la ignoré por completo. Por el rabillo del ojo vi que negaba con la cabeza, lo que hacía que el moño enorme que llevaba en la coronilla se agitara de derecha a izquierda. Casi me dio la risa. Casi.

—Venga, Ali, hagamos algo. ¿Me ducho y vamos a comer al chino grasiento?

—No tengo ganas de salir. Pídelo por teléfono.

Bufó y se levantó sin contestar. Aún llevaba puesto el uniforme del hospital, pero se había quitado los zuecos y caminaba descalza, sin hacer ruido. En la puerta se giró y me lanzó una mirada que habría podido fundir el hielo.

—No puedes seguir así, lo sabes, ¿no? ¿Hace cuánto que lo dejaste con Pablo?

—Virgen santa, Lydia, déjame en paz.

—Como quieras.

Y en lugar de sentirme mal o culpable, alcancé el móvil

y llamé al chino para pedir rollitos primavera y *noodles*. Ella se fue sin mí, claro, aunque a mí me daba todo igual.

Me desperté a las ocho menos cuarto en el mismo sofá y casi en la misma posición. Aún llevaba encajados los cascos del *iPod* y me dolían los oídos. Sonaba *What's left of me*, del último disco de Bon Jovi, el mismo que me parecía una bazofia pero que no podía borrar porque... Joder, porque era Bon Jovi. Mi futuro marido.

Poca cosa quedaba de mí, la verdad: ganas de comer palomitas con mantequilla y tragarme películas de Liam Neeson, de esas de tiros y muertes y desapariciones y un montón de sangre. Moví el cuello despacio mientras esperaba a que mis ojos se acomodaran a la oscuridad del salón y crujió con fuerza. Qué grima, joder. Tenía hambre, así que pensé que un sándwich me vendría bien, porque ganas de cocinar, pues tampoco tenía. Quitó del sofá los restos del chino por no aguantar a Lydia y me fui a la cocina.

Mientras volvía al salón, escuché un pitido continuo que procedía de mi portátil, que hibernaba desde sabía Dios cuándo. Moví el ratón y una ventana de Hangouts apareció en medio de la pantalla. Era mi jefa, que ya llevaba varias horas protestando por escrito. Cacé las dos últimas frases con auténtico terror:

Los de la agencia de publicidad no están nada contentos con la estrategia de comunicación que estás siguiendo.  
ESTAMOS EN CRISIS.  
HAZ EL FAVOR DE VENIR INMEDIATAMENTE.

Me daba una pereza extrema, pero el deber me llamaba, así que me vestí con prisa. No recuerdo el modelito que llevaba, aunque sí que cogí la americana para parecer ligeramente más profesional. Una cola de caballo bien tirante tendría que bastar para aparentar que era una persona decente que no se dejaba llevar por el pánico.

Salí a la calle a paso rápido y sin parar de darle vueltas a la forma en la que tendría que convencer al cliente. Tendría que recular y darle la razón, estaba segura de ello. Aún no había llegado a la parada del autobús, cuando mi teléfono volvió a sonar, interrumpiendo la vorágine de argumentos que estaba preparando mentalmente. Era mi jefa llamándome de nuevo, así que contesté mientras apretaba el paso, pensando que llegaba tarde.

—Alicia —dijo, sin saludar—, he conseguido apagar las llamas.

Me sorprendió, ya que su fuerte jamás habían sido ni la diplomacia, ni las aptitudes comerciales.

—¿Cómo?

—Dándole la razón.

Todo en su respuesta y su tono me hacía pensar que estaba extremadamente enfadada. Lo que no sabía era si la razón era yo o que había tenido que bajarse los pantalones con un cliente.

—¿Y ahora qué tenemos que hacer?

—Vete a casa. Reescribe la estrategia de marketing y mándamela para que la revise antes de enviársela, no



quiero que vuelvas a fastidiarla otra vez.

Por una parte me alegraba volver a ponerme el pijama, pero por la otra, me enfurecía que me hiciera sentir como una completa idiota. Sin embargo, el resultado fue estar triste, quizás porque cada vez tenía más claro que mi carrera profesional estaba estancada y ni siquiera me sentía valorada.

Salí del ascensor visualizando mi cama y echando cuentas mentalmente de las horas que iba a poder dormir. Un gemido bajo, procedente del descansillo de las escaleras llamó mi atención.

—Dios, házmelo más fuerte.

—Shh... Silencio, nena.

Reconocí la voz y contuve una risita. Lydia chuscando, eso sí que era una novedad. Me quedé allí de pie, sin encender la luz. Sabía que no debía, pero bueno, ya se sabe que la curiosidad mató al gato. Y coño, que era Lydia teniendo sexo, y en público, ¿quién me lo iba a decir? Por los sonidos que escuchaba, se lo estaban haciendo bien. Entreabrí la puerta y asomé la nariz sin hacer ruido. El ventanuco del rellano dejaba pasar la luz tenue y anaranjada de una farola y a contraluz la vi cabalgando, con la falda enroscada en la cintura, las manos de él cubriéndole los pechos y ella apoyando la espalda contra las rodillas del chico. Me deleité con la vista, lo reconozco, porque ellos estaban tan absortos que no se habrían dado cuenta de mi presencia ni aunque hubiera una señal luminosa con luces naranjas encima de mi cabeza, y porque yo soy una morbosa confesa.

Recorrí con la mirada sus brazos, su vientre sudoroso y sus piernas. Casi me muero repentinamente cuando reconocí el tatuaje de su gemelo izquierdo. Aún recuerdo el día en el que acompañé a Pablo a hacérselo, hará dos años. Llevábamos uno y medio saliendo.

—Joder, cariño, es que es muy feo.

—Pero, ¿quién va a hacérselo? —dijo, ajustándose el vaquero—. ¿Tú o yo?

—Soy yo la que tendrá que ver el demonio ese cuando follemos.

—Pues hazme el amor y mírame a los ojos.

Y me reí, claro, porque con Pablo siempre acababan así todas las discusiones.

Cogí aire con fuerza y apoyé la espalda contra la pared. Seguía escuchando los ruidos del *folleteo* y me dieron ganas de vomitar. Me tapé las orejas con las manos, muy fuerte. En aquel momento, lo juro, quise morirme. Una sensación caliente nació en mi estómago, expandiéndose por todo mi cuerpo. Furia. Furia como no había sentido antes en mi vida. Quise explotar en un millón de trozos candentes, pero en lugar de eso, pegué un matotazo en la puerta.

—¡Fuera de aquí, hijos de la gran puta!

Después todo fue caos. Pablo vistiéndose a toda velocidad y saliendo, corriendo sin levantar siquiera la mirada ni decir una palabra. Lydia intentando bajarse la falda, pidiendo perdón de todas las maneras posibles.

Se arrodilló, me abrazó las piernas, suplicó y lloró. Yo, por el contrario, solo notaba cómo empezaba a invadirme una sensación que parecía una mezcla de desesperación y de indiferente frialdad. De un empujón la obligué a irse escaleras abajo, con la ropa descolocada, y le pedí entre gritos que no volviera nunca más, que ya le diría yo a mi hermano que le devolviera sus cosas. Cuando cerré la puerta, me dejé caer al suelo y pensé en todas las veces que lo habrían hecho en mi casa cuando yo no estaba, en su cama, en la habitación de al lado. Pensé que ya no podría caer más bajo. Había tocado el fondo más profundo de todos los fondos posibles, pero eso tenía que significar que las cosas ya solo podrían ir a mejor, ¿no?

Si quieres seguir leyendo entra en  
[www.escarlataediciones.com](http://www.escarlataediciones.com)  
y hazte con un ejemplar en ebook o en papel.



¡Muchas gracias!